

# Lecturas

## NECESIDADES ANTE LA CRISIS ECOSOCIAL. PENSAR LA VIDA BUENA EN EL ANTROPOCENO

Carmen Madorrán Ayerra

Plaza y Valdés, Madrid, 2023

129 págs.

Hay una pregunta tan básicamente humana que, quizás por su relevancia, se da por supuesta y pasa desapercibida, como si ya hubiera sido respondida de una vez y para siempre: *¿qué necesitamos?* Ante una crisis, una dificultad, un problema, ya sea individual o colectivo, el primer acercamiento suele preguntar por *lo que ocurre* o, a lo sumo, *por qué* ocurre, pero no *qué necesita* aquel que está sufriendo precisamente ese daño, esa quiebra. ¿Y si la crisis viniera dada, de hecho, por la carencia u olvido de la pregunta por la necesidad? Más aún, incluso sin considerar ningún momento especialmente crítico, la pregunta por nuestras necesidades es anterior a toda dificultad; es, valga la redundancia, *necesaria* para la vida misma. Y, sin embargo, ¿sabemos realmente qué necesitamos, o más bien lo damos por supuesto? ¿Conocemos la diferencia entre nuestras *necesidades* y nuestros *deseos*? En las circunstancias sociales contemporáneas, en las que el tiempo determina silenciosa y totalitariamente nuestros acelerados ritmos vitales y los caminos posibles a recorrer aparecen ya perfectamente diseñados, ¿contamos con el espacio para reflexionar sobre lo que

configura verdaderamente nuestra necesidad, sobre su contenido y su importancia? ¿Cómo aproximarnos a tan relevante cuestión desde la lejanía de nuestras desazonadas atalayas actuales? Precisamente, Carmen Madorrán Ayerra, filósofa y profesora de ética y filosofía política en la Universidad Autónoma de Madrid, nos ofrece ese espacio, ese tiempo y esa guía en su libro *Necesidades ante la crisis ecosocial* (Plaza y Valdés, Madrid, 2023), un ensayo breve, claro y riguroso, que no solo expone un análisis teórico sobre la gravísima crisis ecosocial generada por nuestros modos actuales de vida, sino que constituye, en sí mismo, un *artefacto* con potencial transformador en cuanto propone un camino reflexivo propio que invita a pensar la relevancia de las necesidades para la vida buena.

El punto de partida no puede ser otro que nuestro presente: un presente atravesado por el deterioro ecológico y social que amenaza seriamente nuestra supervivencia individual y colectiva, actual y futura; un presente, en definitiva, en el que no solo vivimos por encima de *nuestras* posibilidades, sino, sobre todo, por encima de las posibilidades de *los otros* y de *lo otro*. No es redundante, por tanto, que el libro comience precisamente recordando la gravedad de la situación. A través de una ilustrativa selección de aproximaciones teóricas sobre la crisis ecosocial, la autora presenta tanto los elementos clave para la transformación social hacia la sostenibilidad que históricamente se han puesto sobre la mesa y que siguen vigen-

tes, como aquellas cuestiones que hoy han de ser tenidas en cuenta para pensar los desafíos de la crisis ecológica. En este sentido, el libro contribuye justamente a la consecución de uno de los objetivos centrales para dicha transformación, a saber: la formación de una opinión pública concienciada que pueda, por ende, tener la capacidad crítica para movilizarse, toda vez que asuma que su huella ecológica, su “peso” en el mundo del Antropoceno, rebasa el «techo ambiental», ese límite de sostenibilidad planetaria que permite el espacio para el desarrollo de la vida.

Ahora bien, si entendemos la vida más allá de la mera existencia, esta no puede ser otra que la *vida buena*, es decir, una vida digna y segura. Pensar las necesidades en términos de vida buena supone, para la autora, comprender que se trata de una cuestión tanto política como ética o, según sus propias palabras –en línea con Fernández Buey–, una cuestión *poliética*. Observando las diferencias entre aproximaciones directas e indirectas a la cuestión sobre cómo alcanzar una vida buena, la autora llega al tema central del libro: las necesidades comprendidas como las condiciones mínimas para la vida sin daño ni sufrimiento. ¿Y quién ha de ser el sujeto de esa vida buena? En tanto política, se trata de una cuestión que afecta a nuestro ser en comunidad y, en este sentido, la comunidad no se limita a nuestro *aquí* y nuestro *ahora*, sino que ha de involucrar necesariamente a toda la comunidad *temporal* y *espacialmente* global. Y es una cuestión ética, en cuanto la responsabilidad moral que entraña la pertenencia a cualquier comunidad debe ser concretada en términos de dicha globalidad y, por tanto, ha de ser *intergeneracional* e *interespecies*.

Una vez establecidos los presupuestos a partir de los cuales comprender la urgen-

cia de la pregunta por las necesidades, en el libro empieza a dibujarse el potencial práctico de la propuesta propia de la autora. Tras una sinóptica exposición de diversas perspectivas y disciplinas que se han hecho cargo de la pregunta por las necesidades, Madorrán pone el énfasis en la dimensión positiva que el propio concepto de necesidad conlleva. Siguiendo la lectura marxiana de Agnes Heller y Joaquim Sempere, la filósofa sostiene que la necesidad no solo indica una falta o una carencia (dimensión negativa), sino también una potencia transformadora: «necesidades como proyecto, como un motor capaz de dinamizar la acción social y la transformación social» (p.73). Necesidades, claro está, entendidas integralmente, es decir, como elementos *biopsicosociales* que apuntan no solo a nuestra constitución biológica, sino también psicológica y social; necesidades que, en cuanto tales, son *universales* –porque son humanas–, y trascienden todo tiempo y lugar –aunque los medios para su satisfacción o «satisfactores» estén temporal y culturalmente determinados–; necesidades que son *limitadas* precisamente porque no son deseos –ilimitados y contingentes–, sino que son las condiciones básicas e imprescindibles para evitar el sufrimiento de una *vida dañada*. Así pues, precedencia (sobre los deseos) y proyecto (o potencialidad) de las necesidades son dos de los elementos centrales que articulan la propuesta de la autora, desarrollada en el último capítulo del libro.

Herederas de las tesis de Len Doyal e Ian Gough, Carmen Madorrán Ayerra elabora una aproximación negativa o indirecta a la idea de vida buena –esto es, sin la pretensión de definirla sustantivamente, sino apuntando hacia sus condiciones mínimas– y lo hace a través de los diez ítems o requisitos indispensables que configurarían el «suelo social» para tal vida. De

este modo, el suelo social de las necesidades, unido al techo ambiental de los límites ecológicos, constituiría precisamente el umbral del espacio posible para toda vida digna y segura, respetada y respetuosa. La consideración de este espacio vital implica una de las virtudes de la propuesta, y es que la autora no ubica como condición separada la atención específica al medioambiente, sino que, por el contrario –y en tanto techo constituyente del propio espacio vital–, atraviesa todas y cada una de las necesidades humanas presentes y futuras. Consecuentemente, el hecho de que se trate de necesidades humanas no significa que haya una desatención a otras especies, sino todo lo contrario: no hay posibilidad de pensar la mejor vida humana sin atender al daño que, como seres ecodependientes, podemos ejercer a otros seres. Así pues, la colección de necesidades que la filósofa recoge es, a un tiempo, precisa y exhaustiva en cuanto manifiesta de manera prismática nuestra naturaleza vulnerable, ecodependiente e interdependiente. Pero también es una propuesta pujante y efectiva en tanto invitación a la acción al recordarnos la obligación que conllevan nuestras propias necesidades vitales. Eso sí, como puntualiza la autora, no se trata solo de una responsabilidad individual que dependa de los gestos cotidianos; tampoco es suficiente una mera transformación económico-política; sino que es necesario un cambio en el imaginario colectivo, esto es: un cambio en nuestras creencias sobre nosotros mismos, sobre quiénes somos y qué podemos hacer y, para ello, el motor, la potencia que ofrece la invitación de Carmen Madorrán Ayerra, no es otro que la toma de conciencia sobre lo que necesitamos para vivir. Ni más, ni menos.

En definitiva, *Necesidades ante la crisis ecosocial* ofrece, a partir de la pregunta

por las necesidades humanas, una lectura crítica de nuestro presente en el marco de la crisis ecosocial que sirve, a nivel teórico, tanto a especialistas (por la prolija selección y exposición de debates y referencias contemporáneas), como al público general (por la claridad y precisión de los argumentos desarrollados). Pero, además de la dimensión teórica, el libro tiene un interés y finalidad prácticos –inseparables, a mi juicio, de toda función teórica–, y es que su propósito, lejos de cualquier intención panfletaria o demagógica, no es otro que la invitación a pensarlos y tratarnos a nosotros mismos de otro modo, un modo más consciente y respetuoso con nosotros y con los otros, con los que están y con los que habrán de venir; en suma, un nuevo imaginario que nos permita vislumbrar una vida buena temporal y espacialmente global. Por ello y para ello, libros como el de Carmen Madorrán Ayerra son *vitalmente necesarios*.

Marcela Vélez León

Profesora de filosofía de  
la Universidad Autónoma de Madrid

**NUEVOS COMUNALISMOS.  
UNA HIPÓTESIS POLÍTICA  
PARA EL DECRECIMIENTO**  
Adrián Almazán e Iñaki Barcena  
(coords.)

NED Ediciones, Barcelona, 2023  
207 págs.

La materia prima del volumen colectivo *Nuevos comunalismos* es preponderantemente académica. Se trata de una obra que surge de las jornadas «Nuevos comunalismos ante el colapso ecosocial», celebradas a finales de noviembre de 2021,

en la Facultad de Economía de la UPV-EHU, Bilbao, cuenta con el impulso de un grupo de investigación, EKOPOLO (Transición Ecosocial para la sostenibilidad), y de un proyecto de investigación, HUMNERGE (Humanidades Energéticas. Energía e imaginarios socioculturales para la revolución industrial y la crisis ecosocial), y la mayoría de los textos que lo componen están firmados por personas vinculadas al campo universitario. Sin embargo, no sería justo confundir este libro con un ejemplar más de ese género literario envasado al vacío y de lectura improbable que constituyen las actas de congresos: en estas páginas, como en aquellas jornadas, hay vida. La premisa de *Nuevos comunismos* puede condensarse mediante el significante “crisis ecosocial”, no únicamente en sus declinaciones teóricas sino también experienciales. El objetivo de la publicación es contribuir a la elaboración de una hipótesis política desde la que articular salidas justas y autónomas a las manifestaciones multiescalares de dicha problemática. De ahí que el alcance perseguido por el texto pueda ser tan amplio como el radio de la pregunta a propósito de cómo transitar desde el sistema capitalista industrial hacia otra civilización organizada en torno al decrecimiento ecofeminista. Las tentativas de respuesta recogidas en *Nuevos comunismos*, sin ocultar la diversidad de sus enfoques, se dirigen hacia lo que es vindicado como el núcleo de tal horizonte de transformación: una concepción política de lo común según la cual los espacios o las cosas que pertenecen al mercado o al Estado han de comunizarse mediante formas de participación directas y deliberativas, que propicien un encaje sostenible y justo en nuestros socioecosistemas.

Esta formulación fue avanzada en términos de un dilatado análisis de numerosas

alternativas a la propiedad privada por los teóricos franceses Christian Laval y Pierre Dardot en *Común* (2014), cuya continuación, *Dominar* (2020), evidencia una actualización de su crítica a la razón neoliberal al comenzar a correlacionar el desfondamiento de la soberanía de Estado en Occidente con la crisis ecosocial. Ambos autores, esta vez por separado, prolongan dicha línea de investigación en *Nuevos comunismos*. Laval, en un capítulo rotulado «Comunidad, común, comuna», indaga la complejidad semántica que subyace a este léxico y los desafíos en torno a su traducibilidad: ¿qué diferencias presentan tales vocablos y qué relaciones mantienen entre sí? A este respecto, invoca una tesis que no es nueva pero sí vigente: la comunidad entendida desde una perspectiva esencialista, como realidad previa y trascendente a la sucesión de actos instituyentes del campo político, ha de ser descartada en favor de una comprensión constituyente, interdependiente y ecodependiente de la creación y organización de colectividad. Es perceptible aquí una mayor atención a las lecciones que proporcionan algunos casos de estudio no occidentales, como Rojava y Chiapas, donde el aparato estatal ha sido reemplazado por el dispositivo de la comuna igualitaria y democrática, garante del poder efectivo de la ciudadanía, pero asimismo confederada, abierta a la simbiosis con otras comunas y municipios, sin reducirse al repliegue local. Se trata, por tanto, de un avance en cuanto al refinamiento teórico de la reflexión macroscópica sobre lo común llevada a cabo por Laval, donde la exploración histórica y filológica al servicio del rigor conceptual continúa siendo el rasgo característico de la presente aportación, si bien esta resulta más sensible que sus trabajos anteriores a la urgencia y las concreciones contemporáneas del colapso ecosocial. Dardot, por su parte, dedica el artículo «Para una

cosmopolítica de lo común» al vínculo entre comunalismo y la revolución cosmológica en curso. En este sentido, su reflexión está informada fundamentalmente por la filosofía y la antropología, con lecturas penetrantes del cosmopolitismo kantiano (aunque acaso en exceso abstractas; se echa de menos aquí un mayor grado de mundanidad), de las ideas a propósito de la composición de mundos de Descola o de las zonas de fricción planteadas por Anna Tsing, cuyo apellido aparece mal escrito en repetidas ocasiones. En esta transformación de las cosmovisiones a resultas de la inconmensurabilidad entre el programa moderno y los límites biofísicos del planeta resuenan otras relevantes propuestas elaboradas por antropólogas como María Carman o Marisol de la Cadena, quienes asimismo han llamado la atención sobre la importancia de la “pluralización ontológica” o los “seres-tierra” para una cosmopolítica de lo común. En este nuevo paradigma, la presencia de los actores no humanos que las disciplinas dominantes relegaron a la esfera de la naturaleza y su estudio científico, o a los campos metafísicos y simbólicos del conocimiento, resulta indispensable y central.

Con un enfoque también panorámico, *Nuevos comunalismos* incluye los análisis de Helios Escalante, Andrea Valcárcel, Pablo Alonso y Nerea Zuluaga. El capítulo de Escalante, dedicado al extractivismo, sitúa algunos de los elementos de discusión que se han desplegado en torno a dicho término como consecuencia de su expansión en las dos últimas décadas. A mi juicio, la mayor virtud del texto radica en el propósito de no escamotear la prolijidad del diagnóstico como requisito previo al momento constructivo de las elaboraciones neocomunalistas. En este sentido, se reconoce la diferencia de escala, intensidad y ritmo de los efectos de

la lógica extractiva, al mismo tiempo que es apuntado su doble núcleo contradictorio: la insostenibilidad de la acumulación por desposesión y del crecimiento ilimitado a partir de recursos finitos. Revertir este proceso sistémico en sus múltiples y diversas operaciones resulta un desafío ineludible para todo neocomunalismo, y dicho reto es parangonable al que se aborda en la propuesta de Alonso y Zuluaga, consagrada en este caso a la reivindicación de formas de vida y acción autónomas ante el proyecto tecnocrático. Ahora, con arreglo a las tesis de Aurélien Berlan, se señala el corazón de esta dinámica metabólica de la sociedad capitalista industrial: la experiencia de la progresiva imposición de modos de dominación impersonal que se articulan en el funcionamiento orgánico de un entramado de relaciones sociales y medios tecnológicos como un proceso de liberación por parte de las sociedades occidentales. El alcance de esta crítica va más allá de la denuncia del tecnosolucionismo o la tecnolatría, subrayando otro frente insoslayable para los planteamientos neocomunalistas: la cuestión de cómo fundamentar y alcanzar la autonomía política. Por último, Valcárcel, en «Comunaloceno en el Capitaloceno y contra él», propugna una triple componente negativa de los horizontes comunitarios: i) anties-tatalista, ii) anticapitalista, y iii) destituyente. Sin embargo, esta posición también abraza una serie de estrategias productivas por medio de lo que Raquel Gutiérrez Aguilar ha denominado «entramados comunitarios», una dinámica asociativa particular y concreta, situada temporal, geográfica e históricamente, que tiene como finalidad garantizar los “medios de existencia” comunitariamente, por fuera de los circuitos estatales y mercantilistas. En el cuerpo del capítulo se desglosa, sin llegar a menoscabar el carácter ambiguo y polimorfo de su vasto

sujeto colectivo, en qué consistiría este movimiento de repolitización, siempre por concretarse a través de nuevos lenguajes y modos de hacer. Se trata, en definitiva, de una visión de conjunto rica en matices, libre de ingenuidades y radical en sus premisas. Todo ello da cuenta no solo de la magnitud de la crisis civilizatoria a la que el neocomunalismo pretende combatir, sino también de la necesidad de abandonar vías agotadas o inofensivas ante el tándem Estado-Capital.

Estos artículos de fondo conviven en *Nuevos comunismos* con aproximaciones más específicas y estudios de caso, cuya territorialidad y grado de detalle arrojan una luz distinta. Antonio Ortega centra su contribución en el comunismo del mundo campesino a partir del examen tipológico de la delincuencia forestal en los Montes de Cúllar (Granada, España) durante el periodo comprendido entre 1790 y 1930. Laura Arribas y Cristina Galiana, del colectivo Arterra, dirigen su mirada hacia la ruralofobia y el capitalopatriarcado de nuestros pueblos peninsulares vaciados, y María Montesino, en el texto que más aprecio de todo el libro, narra su propia experiencia como productora ecológica y ganadera en Fresno del Río (Cantabria, España). Las dosis de reflexión y práctica que combina esta aportación me resultan ejemplarmente calibradas. En la dimensión descriptiva, se desgranar aspectos que no suelen concurrir en los abordajes puramente teóricos, como el tortuoso recorrido administrativo y judicial para reclamar el acceso a superficies forrajeras de titularidad pública y uso común o la diferencia entre lo que supone vivir *en* o *del* campo: «Una de las cosas que más me llamó la atención al tener caballos o vacas por primera vez fueron los olores, el tacto. Sus cuerpos a corta distancia, en definitiva. El olor de la grasa de los caballos cuando sudan, el tacto áspero de las

crines enredadas de las yeguas de monte, la diferencia de olores entre unas cuadras y otras en función de cómo son alimentados esos animales. También el olor (desagradable ya para mucha gente) de la leche recién ordeñada o de un pollo de corral» (p.131). Entre las ideas defendidas por Montesino en las conclusiones, todas ellas valiosas, espigo una que considero de filo particular: ante los conflictos y las malas prácticas que atraviesan, más acá de las idealizaciones, la gestión de los comunales, sería urgente i) afrontarlos desde colectivos y redes de apoyo mutuo, ii) aterrizar los conceptos abstractos y aplicarlos a casos concretos, con nombres y apellidos detrás de las siglas de una institución, y iii) perder el miedo, en suma, a enfrentarse al poder.

Por último, Luis Lloredo, en «Los bienes comunes como proyecto de transformación social», insiste en la disfuncionalidad del derecho como instrumento de protección y resolución de conflictos en el marco de los neocomunalismos. Dicho proyecto político, antes a la inversa, requeriría comunalizar el propio derecho, propiciando un vuelco epistemológico profundo que descomplejice, destecnifique y desprofesionalice tal herramienta. Así, en un gesto de radicalidad necesaria e inspiradora, Lloredo impugna la exclusividad expertocrática del ordenamiento jurídico e insta a democratizar sus prácticas, innecesariamente opacas. Este objetivo, en el contexto de colapso ecosocial que constituye la premisa de todos los capítulos de nuestro libro, encuentra una vía de particular interés en la ecología del derecho, un campo en constante expansión y desarrollo tras las contribuciones iniciáticas de Fritjof Capra y Ugo Mattei.

A modo de cierre de esta reseña, cabe decir que la gravedad del diagnóstico y la energizante ambición de los aportes reco-

pilados en *Nuevos comunismos* no ha de aparejar la pérdida de nuestra humildad epistémica y política, tal y como se encargan de avisar sus coordinadores, Iñaki Barcena y Adrián Almazán, en los respectivos prólogo y epílogo. Valgan las dos siguientes citas para expresar este principio, que también es un fin en sí mismo: «Quizá una de las formas de comenzar a asumir colectivamente un duelo colectivo por la sociedad industrial sea abandonar la *hybris* de las soluciones políticas definitivas y la presunción de poder ser actores determinantes en el actual rumbo de las cosas. Si no queremos vernos abocados al autoritarismo y el desprecio de la libertad, probablemente tengamos que conformarnos con poner nuestro grano de arena en la posibilidad incierta de un cambio de rumbo» (p. 202) [...] «Creo que en este empeño imitamos a los colibrís, los cuales, a pesar de su exiguo tamaño y diminuto pico, son ejemplares aportando lo que pueden, unas pequeñas gotas para combatir al fuego que devasta la foresta. Lo hacen mientras que otras especies prefieren huir despavoridas “hacia ninguna parte”. Como los colibrís, las personas que colaboramos en esta obra colectiva tratamos de poner nuestra voz y nuestras manos al servicio de la construcción de una alternativa ecosocial que nos permita sobrevivir a los estragos destructivos del Capitaloceno» (p. 10). No otra fue la conclusión de aquellas jornadas en Sarriko, ni otro es el alegato poético de este libro: seamos colibrís encendidos.

*Ramón del Buey Cañas*

Miembro del Grupo de Investigación en Humanidades Ecológicas (GHECO) y del proyecto *Speak for Nature: Interdisciplinary Approaches on Ecological Justice*

## GEOPOLÍTICA. UNA BREVE INTRODUCCIÓN

Klaus Dodds

Antonio Bosch, Barcelona, 2021

237 págs.

En este breve trabajo, con un estilo accesible, resuelto y ágil, el catedrático de geopolítica en la Royal Holloway de la University of London Klaus Dodds sintetiza algunos elementos fundamentales de la disciplina geopolítica, de cara a aproximarla a un perfil de lector primerizo. La importancia de la geopolítica parece hoy justificarse por sí sola. En un contexto como el nuestro de crisis del orden liberal se evidencia que tan unificados como están los mercados a escala planetaria lo están también las macrotendencias geopolíticas con sus retos consecuentes, muchos perentorios: inmigración, crecimiento demográfico, aumento de la desigualdad, crisis ecosocial, etc. Ello desborda por descontado el marco de la soberanía estatal clásica y obliga a la consideración de los actores no estatales como decisivos en la configuración del comportamiento global (sean *supra*-estatales, como el FMI, o *infra*-, como los movimientos sociales transfronterizos).

Publicado en inglés en el 2007, el autor ha ido actualizando este libro durante los últimos años, siendo la última versión de 2020, traducida al español en 2021. Gracias a esta continua revisión, la obra está plenamente al día respecto a los conflictos traídos a colación: sean el Brexit, el trumpismo, el Black Lives Matter, la guerra contra el terror o contra el narcotráfico, e incluso la “geopolítica del Antropoceno” o la geopolítica pandémica encuentran su turno de mención. Dodds ofrece así una visión integradora de la geopolítica mostrando cómo los relatos territoriales y po-

líticos operan dentro de ámbitos a los que no solemos asociarlos, principalmente experiencias de la vida cotidiana.

Refiramos someramente un par de coordenadas para ubicar intelectualmente este libro. En primer lugar, Dodds lo concibe como inscrito dentro de la tradición que denomina “geopolítica crítica”, según la cual esta materia debe hacerse cargo de la multiplicidad de tradiciones y culturas geopolíticas, con la vocación de luchar contra cualquier forma de descripción que pretenda hacer pasar lo particular por universal. Aun así, Dodds apunta que los estudios geopolíticos críticos son nacientes y que la utilización del denominativo sigue yendo muchas veces dirigida a la retribución de ciertos bienes simbólicos:

[S]olo unos cuantos expertos de Estados Unidos y de otras partes se describirían a sí mismos como especialistas geopolíticos críticos... Es más, utilizan el término a modo de código que a menudo pretende investir su obra de una respetabilidad dura (masculinizada) y una disposición a reflexionar y a informar sobre las sombrías realidades geográficas de la política mundial (p. 88).

Contra esta tendencia consolidada a estudiar los intereses estratégicos de las grandes potencias, la geopolítica crítica, pues, llama a elaborar alternativas que ayuden a resaltar la capacidad de colaboración internacional en la creación y mantenimiento de instituciones comunes por encima de la competencia, así como geopolíticas que nos orienten para comprender el impacto diferencial de la seguridad, las migraciones y las fronteras nacionales; tales serían los casos de una “geopolítica de género” o una “geopolítica subalterna”.

En segundo lugar, la marcada posición constructivista de la obra. El léxico em-

pleado se inclina explícitamente, más que hacia “hechos geográficos”, hacia lugares, imaginarios y espacios. Dodds insiste en la fluidez del elemento geográfico por sí mismo, siempre en una relación dinámica y recíproca con las actividades humanas (v.g., el caso Ártico, al cual Dodds ha dedicado reputadas obras especializadas), fluidez que afecta por igual al significado geopolítico de los distintos accidentes geográficos. Sin embargo, frente a los que hablan del final de la geografía o del Estado, Dodds recuerda la territorialidad irrenunciable de toda actividad humana; ni siquiera las tecnologías de internet están exentas de una territorialidad modulada por relaciones dispares.

Esto último nos lleva directamente a resaltar, en tercer lugar, la tesis recurrente a lo largo del libro de que la arquitectura geopolítica actual obliga a superar el sueño ahistoricista idiosincrásico de los noventa, y la subsiguiente ilusión de haber sustituido definitivamente la geopolítica como ciencia estratégica por la geoeconomía, es decir, la ilusión de que la política comercial, las inversiones extranjeras directas, el comercio de materias primas y las sanciones en el extranjero harían innecesarias las disuasiones nucleares o las amenazas militares. Fenómenos como el 11-S, la crisis de 2008, el ascenso de China, la articulación de una derecha iliberal o la invasión de Ucrania (de la que encontraremos algún que otro vaticinio bien orientado a un par de años de distancia) obligan a descartar la idea del triunfo universal de la democracia liberal. Al contrario, Dodds diagnostica una geopolítica de un contenido «más pesimista en que surgen muros y fronteras por doquier». Sin embargo, ello no debe darnos a entender una suerte de retroceso en la lógica de fronteras abiertas que supuestamente habría caracterizado el capitalismo globalizado, sino un refina-



miento selectivo del mismo en su poder a la hora de discriminar cuáles son los flujos pertinentes de mercancías.

El libro está dividido en seis capítulos que contienen: la presentación de las apuestas principales que hemos mencionado hasta aquí (cap. 1); una historia intelectual de la disciplina que abarca su sospechosa filiación en la confluencia entre darwinismo social, nacionalismos raciales y organicismo político, sus vicisitudes para alcanzar una credibilidad científica por encima de un estatus ideológico y su renacimiento al compás de la conquista definitiva por parte de EEUU de la hegemonía mundial (cap. 2); una evaluación de los principales rasgos de la arquitectura geopolítica globalizada de las últimas cuatro décadas, y los retos que le son propios (cap. 3); una apuesta por la “geopolítica popular” en tanto subraya la dimensión geopolítica de la industria cultural, ya sea en clave de su uso propagandístico, ya sea en clave de los modos en que presta soporte a la organización de iniciativas ciudadanas (cap. 4); el análisis de los principales conflictos identitarios a distintas escalas geográficas (cap. 5); y finalmente, una invitación a la reflexión sobre los modos en que objetos como infraestructuras, recursos o símbolos determinan el aspecto de buena parte de las relaciones políticas, objetos a veces sobreentendidos como los mapas, y otros usualmente descuidados como la basura o los juguetes de acción (cap. 6).

Resaltamos dos ideas particularmente relevantes y que constituyen lo más sustancioso de la obra. Primero, la idea de una *geopolítica popular*. Dodds lleva a cabo una vindicación de la cultura popular como provisorio rico de materiales geopolíticos. No extrañará sabiendo esto la frecuencia de alusiones a novelas, series de televisión o películas. Según el autor, la

geopolítica popular tiene por sujeto a la ciudadanía y por objeto la interpretación del escenario en que esta desenvuelve su vida. Su doble filo, que se define en la tensión entre populismo y popularización, dibuja su terreno de juego. Respecto a su misión popularizadora, Dodds remacha que las comunes políticas de socialización del riesgo, de seguridad y de incremento de la presencia policial en los espacios urbanos que caracterizan al programa neoliberal han despertado una igualmente común desafección de la ciudadanía hacia ciertas prácticas empresariales y fiscales con efectos de exclusión social y pauperización. Son innegables las ventajas que han adquirido los movimientos antiglobalización en términos de organización, amplitud e intensidad a instancias de las consecuencias técnicas que brinda esa misma globalización. En otras palabras, movimientos ciudadanos de la última década y media (p. ej., Occupy Wall Street, Black Lives Matter, la Primavera Árabe, la derecha iliberal, el activismo climático, etc.), serían impensables sin las redes sociales o los dispositivos transnacionales de seguridad y vigilancia masivas, que fuerzan a atribuir mayor peso geopolítico a la reacción popular. Por otro lado, los polifacéticos movimientos contestatarios al programa de globalización neoliberal son múltiples geográficamente: se sitúan tanto en el epicentro del Consenso de Washington, EEUU y Europa, como en numerosos países del Cono Sur o del mundo islámico.

Segundo, la *geopolítica de las identidades*. No hay una estricta coextensión entre territorios soberanos e identidades comunitarias. Esto, como es bien sabido, perfila una de las grandes áreas de conflictos geopolíticos. Desde la época del romanticismo –con Herder y Fichte como precursores– tendemos a pensar que donde hay un pueblo debe correspon-

derle un Estado como único garante pleno de sus derechos, si bien tras la desintegración de los grandes imperios que siguieron al fin de la I Guerra Mundial la política de minorías ha ido ganando importancia progresivamente hasta nuestros días. Sin perjuicio de esto último, cabe destacar la radicalización de este problema allí donde las fronteras vigentes se fijaron durante la colonización, agudizando las tensiones en la coexistencia de identidades múltiples con la unificación forzosa de infraestructuras y símbolos producida desde el Estado. Resulta de interés la lectura de las críticas de Dodds contra la tesis del “choque de civilizaciones” defendida por Samuel Huntington, dada la difusión y amplitud de los debates generados por esta última. Dodds precisa las omisiones de Huntington en torno a la importancia de las experiencias de colonización para explicar la configuración de las relaciones geopolíticas en «bloques civilizacionales», lo cual, junto a otros factores, daña la credibilidad de una definición identitaria o étnica de dichos bloques.

En términos más valorativos, resaltaría ante todo cómo la prolijidad de los ejemplos, aparte de amenizar la lectura, ilustrar las ideas expuestas o introducir otras nuevas, consigue transmitir, aunque sea de manera intermitente y por momentos rapsódicamente, un conocimiento empírico sobre algunas de las formaciones geopolíticas que han orientado la historia en el último siglo y medio, con especial énfasis en los últimos treinta años.

Ello no quita que se eche de menos una mayor sistematicidad en el abordaje de la materia en cuestión o, dicho de otro modo, que el autor fuera más completo incluyendo temas que parecen básicos en una introducción a la geopolítica. El caso más notable es la insuficiencia de geografía

que recorre el libro, y que pese a la constante referencia a casos que hacíamos notar, al optar por una exposición de los mismos muy ligados a la casuística, deja muchos de sus contenidos en una abstracción que no aportarán demasiado a cualquiera con una cultura política mínima. Quizá sea una deficiencia que se sigue de haberse comprometido excesivamente con la premisa constructivista, o lo que es lo mismo, de lo que interpreto como una excesiva aprensión hacia la raíz determinista que subyacería a todo discurso sobre los entornos geográficos. Igualmente, se esperaría que profundizara más en ideas como las del último capítulo, que quedan como sucintas y atractivas declaraciones de intenciones.

Una de las mayores virtudes de este libro es también uno de sus mayores defectos. Cuesta encontrar en este libro alguna tesis verdaderamente fuerte o restrictiva. Dodds refleja en ocasiones una imparcialidad extrema (p. ej., a la hora de juzgar la seriedad de los problemas que implica la limitación del principio de no intervención en instituciones internacionales copadas por las grandes potencias, lo que inevitablemente da pábulo al llamado “imperialismo humanitario”), si bien por otra parte eso es exactamente lo que exige el género de libro que escribe. Este dista de ser arriesgado y los compromisos que adopta, que ya hemos señalado, difícilmente incitarán a nadie a torcer el gesto.

Hay que añadir a lo anterior una relativa incoherencia entre la agenda de la geopolítica crítica y el propio contenido del libro. El caso más llamativo lo encontramos cuando, en el quinto capítulo, se centra casi exclusivamente en la UE para tematizar las alianzas geopolíticas supraestatales y los conflictos de identidades continentales generados por ellas.

Eurocentrismo aparente que contradice o no sigue con demasiado rigor las premisas de la geopolítica crítica de las que se dice seguidor. Los comentarios sobre otros organismos y regiones son notablemente menores, parcialidad que encontraremos también en la consideración de la historia de la geopolítica.

Con todas las limitaciones que hemos apuntado, no podemos menos de intentar ser ecuánimes y admitir que la mayoría están previstas y recortan la ambición de esta obra. Al fin y al cabo, si se lo equipara con sus pretensiones, resulta un

buen libro indicativo de las problemáticas y ejes que se lidian geopolíticamente a varias escalas, y el autor se esfuerza por posibilitar al lector interesado avanzar en su estudio con numerosas referencias y recomendaciones. Siempre dentro del género de las primeras lecturas (aunque, como suele decirse, la filosofía está en los detalles), la obra de Dodds es provechosa y sinóptica para saludar a una disciplina que, sin duda, merece el interés de cualquier ciudadano/a responsable.

*Guillermo Carazo Diez-Aja*  
Instituto de Filosofía del CSIC

## NOTAS DE LECTURA



### GUERRA FRÍA 2.0. CLAVES PARA ENTENDER LA NUEVA POLÍTICA INTERNACIONAL

Mariano Aguirre

Icaria, Barcelona, 2023

236 págs.

*Guerra fría 2.0* presenta las complejas tensiones del mundo actual, en un contexto de múltiples crisis, de amenazas a la de-

mocracia y de profunda desigualdad. Establece las diferencias entre el periodo de la Guerra Fría con el contexto actual y analiza cuál puede, previsiblemente, ser el nuevo sistema internacional en el futuro.

La Guerra Fría fue un periodo de la historia contemporánea desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la disolución de la Unión Soviética en 1991. Durante este periodo Washington y Moscú crearon sus zonas de influencia política y económica independientes entre sí, y hubo un crecimiento sin precedentes de la capacidad militar de las dos potencias y de los arsenales nucleares. Mientras crecían estos arsenales y el hostigamiento propagandístico, las grandes potencias fueron combinando la hostilidad abierta con negociaciones especialmente en el terreno del control de armamentos y fraguaron una serie de acuerdos sobre armas nucleares. Las negociaciones del control de armamentos nucleares avanzaron considerablemente en el final de la Guerra Fría, pero los acuerdos que se lograron enton-

ces han sido abandonados o se encuentran en estado crítico.

Actualmente, la economía ha sustituido en gran medida a la ideología de las políticas globales de las grandes potencias. A diferencia de la época de la Guerra Fría, ahora hay una multiplicidad de alianzas y vínculos pragmáticos sin lealtades políticas o sumisiones estrictas.

Las potencias actuales entre las que hay crecientes tensiones, enfrentan graves problemas y consecuencias para desvincularse económica comercial y tecnológicamente entre sí en el contexto de la globalización.

Durante la Guerra Fría el enfrentamiento fue bipolar entre la ex URSS y Estados Unidos que marcaban las reglas del juego internacional, pero ahora esta bipolaridad ha sido sustituida por un mundo de múltiples actores con tres potencias de alcance global: Estados Unidos, China y Rusia, más la Unión Europea con diferentes capacidades y el ascenso de los poderes regionales como India, Pakistán, Indonesia, Brasil, Turquía, Irán, Israel, Sudáfrica y Arabia Saudí entre otros.

La confrontación también se libra a través de la propaganda que se proyecta con formas diferentes más sofisticadas y perversas. Por ejemplo, mediante la utilización de redes sociales y de sistemas masivos de acceso a los datos de inmensos grupos humanos y la difusión de noticias falsas rumores y teorías conspiratorias a través de las redes y las granjas de robots guiados por algoritmos que pueden incluso difundir noticias falsas orientadas a grupos sociales determinados.

Se ha producido un declive de la democracia y su legitimación entre amplios sectores de la sociedad global el impacto de

las políticas neoliberales implementadas desde los años ochenta produjo globalmente más precarización laboral y debilitamiento de los servicios públicos.

Ante estas transformaciones cabe preguntarse, ¿estamos ante una segunda Guerra Fría?

Según el autor, este nuevo orden emergente se caracteriza por la ausencia de hegemonía global debido a complejas interdependencias que incluyen comercio, flujos de inversión en redes productivas y cadenas de abastecimiento; por una arquitectura de gobernabilidad de múltiples niveles globales, regionales, nacionales y subnacionales; y por un mundo de diversidad cultural ideológica y política, que incluirá nuevos caminos hacia la estabilidad paz y prosperidad.

Las grandes potencias actuales ya no compiten en los países del Sur por influencia ideológica y política, sino por el interés en acceder a sus recursos minerales, energéticos y alimentos y, en algunos casos, tener control sobre su posición geográfica y estratégica.

El concepto de seguridad también ha cambiado. El modelo de seguridad tradicional, desde la esfera doméstica a la internacional, responde a la percepción y necesidad de las élites de no cambiar, y contar con el apoyo popular para ello, con el fin de que sus privilegios no se vean eventualmente afectados. Hoy la inseguridad en la ciudadanía global proviene de múltiples factores, muchos de ellos no militares, como el impacto del cambio climático, la incertidumbre laboral, la pobreza y la desigualdad.

Las diversas formas que adoptan la violencia y la inseguridad obligan a revisar y explorar nuevas formas de generar seguridad, tanto la del Estado y entre los esta-

dos para defender su soberanía, hasta otras más amplias que incluyen la prevención y preparación contra futuras violencias, adoptar medidas para reducir la contaminación en las emisiones que promueven el cambio climático, garantizar la seguridad alimentaria y la salud pública, y proteger los derechos humanos y civiles.

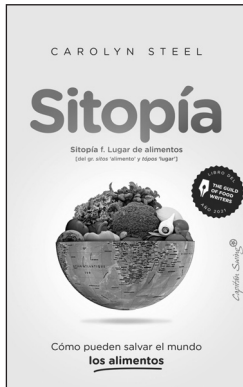
El autor destaca entre los grandes temas del futuro: la tendencia al aumento del gasto militar y el rearme (sobre todo desde la Guerra de Ucrania). La pugna por la soberanía que podrían ser violentas, por territorios y reivindicaciones ultranacionalistas frente a la globalización. Habrá conflictos y rupturas sobre la identidad, la religión la pobreza y la desigualdad, y seprofundizará la hostilidad entre Estados Unidos, China, Rusia y los países emergentes. Aumentarán las revueltas sociales y el impacto del capitalismo sobre el medio ambiente. Los cambios y avances tecnológicos tendrán un impacto en las políticas exteriores de defensa, debido a la demanda y competencias por materiales y tierras raras y su utilización en la innovación de los sistemas de defensa y en la transición a economías verdes, y se producirá una falta de cumplimiento del derecho internacional y de respeto de los derechos humanos y la prevención del genocidio.

En el último epígrafe, dedicado al Antropoceno, Aguirre destaca cómo las confrontaciones por recursos energéticos serán muy intensas y se incrementará la

tensión entre el uso de fuentes tradicionales de energía: petróleo y carbón y los lugares de donde se extraen y las tecnologías verdes. Tanto la energía como los alimentos sean utilizados cada vez más como armas geopolíticas. Los desabastecimientos masivos de alimentos sucederán con más frecuencia debido a que la crisis climática produce sequías, desertización, incendios, pérdida de tierras rurales y espacios urbanos, aumento del nivel del mar combinado con la escasez de agua potable, extinción de especies y problemas de salud global.

El presente y futuro de la biosfera depende de la acción humana. La huella de la humanidad está presente hasta en los lugares más recónditos del planeta y genera consecuencias indeseadas, algunas de larga duración y otras irreversibles. La crisis del medio ambiente afecta al conjunto del planeta con graves impactos en países del Sur y tendrá una relación creciente con los conflictos armados. El incremento de la temperatura afectará a poblaciones vulnerables, en particular, niños y ancianos. Las enfermedades tropicales se transmitirán con mayor facilidad y las estructuras sanitarias se verán saturadas. La producción de alimentos tendrá serios problemas debido a las sequías, la pesca se reducirá por la contaminación y agotamiento de los bancos de peces y la deforestación incrementará el calentamiento global.

*FUHEM Ecosocial*



## SITOPÍA CÓMO PUEDEN SALVAR EL MUNDO LOS ALIMENTOS

Carolyn Steel

Capitán Swing, Madrid, 2022

417 págs.

Volver después de *Ciudades hambrientas* (Capitán Swing, 2020) era todo un reto, que la arquitecta, profesora y escritora inglesa Carolyn Steel afronta de modo solviente a través de su nueva entrega editorial *Sitopía*, en la que sigue desarrollando reflexiones y propuestas acerca de cómo la comida moldea nuestras vidas y sociedades. Así, si en el primer libro la autora, ciertamente una de las más reconocidas pensadoras sobre alimentación en la actualidad, exploraba cómo la comida, a través de la ciudad, ha dado forma a las civilizaciones a lo largo del tiempo, en este segundo libro, el alimento se utiliza como lente para analizar su relación con nuestros cuerpos y hogares, nuestra política y nuestro comercio, así como nuestros paisajes y nuestro clima. Para intentar responder a la pregunta de si existe una forma sostenible de comer y vivir, Steel nos lleva a reflexionar, mediante los siete capítulos a través de los

cuales se articula el libro, que representan precisamente un viaje basado en el alimento (Comida, Cuerpo, Hogar, Sociedad, Ciudad y campo, Naturaleza, Tiempo), sobre cómo la comida puede ser concebida como una herramienta poderosa para transformar nuestras vidas y el mundo, ya que el mundo en el que vivimos, desde los cazadores-recolectores hasta los apetitos insaciables de las megaciudades modernas, se ha moldeado y se moldea continuamente a través de la comida.

Sin embargo, aunque tengamos que cambiar con urgencia nuestra manera de comer y de producir alimentos, tendemos, cada vez más, a asignar muy poco valor a lo que comemos: ¿Cuál es el costo real de una hamburguesa? ¿Cuál es el precio a pagar por el actual modelo predominante de la agroindustria? ¿Qué tipo de entorno y cultura está creando nuestra devaluación sistemática de los alimentos? ¿Cómo alimentaremos a los más de 8.000 millones de humanos que pronto habitarán la Tierra? ¿Por qué quien controla la comida controla el poder? Basándose en diversas fuentes y aproximaciones (desde la historia, la economía, la filosofía, pasando por la arquitectura, la biología o la literatura), Carolyn Steel intenta dar respuesta a estas y otras preguntas, a través de una narrativa clara y rigurosa y un estilo entretenido, con el fin de analizar nuestro presente y tratar de construir un futuro mejor. De ese modo, *Sitopía* (una palabra que significa “el lugar de los alimentos”, del griego *sitos* es decir alimento y *tópos* es decir lugar) aparece como una utopía posible, un lugar que sí existe, un camino a seguir para prosperar en un planeta cada vez más poblado y sobrecalentado.

Si bien representa el corazón de *Sitopía*, este libro no trata exclusivamente sobre

comida, más bien quiere explorar cómo esta puede ayudarnos a lidiar con nuestros problemas de una manera integrada y positiva, porque tal y como reconoce la misma autora, «una sociedad buena es aquella en la que todo el mundo se alimenta bien». El problema aquí, sin embargo, es que, aunque este escenario sea, sin duda, posible, no estamos apuntando en esa dirección, de modo que la forma en que comemos está amenazando nuestra propia existencia. El cambio climático, la extinción masiva de especies, la degradación del suelo, las enfermedades relacionadas con la dieta y las pandemias son solo algunas de las externalidades de nuestros hábitos alimentarios.

La misma autora reconoce que, «con el populismo en auge y el capitalismo tambaleándose, necesitamos, más que nunca, una visión social que trascienda la dualidad fatal entre el neoliberalismo y el totalitarismo, que sea capaz de conectarlos a una escala tanto local como global». Y ese es el verdadero significado de *Sitopía*: utilizar la comida para comprender qué significa ser humano y cómo coexistir con otros seres humanos y no humanos a lo largo del tiempo. Este debería ser el verdadero legado para nuestros políticos, ya que la alimentación, es

inherentemente política y no puede ser dejada a los caprichos del mercado. Revalorizar los alimentos puede ser nuestra ruta más directa hacia un mundo más equitativo y resiliente.

En las últimas páginas del libro se lee: «No hay respuestas fáciles a nuestros dilemas humanos, pero, sean cuales sean los obstáculos a nuestro camino, la comida puede ser nuestra guía. Ninguno de nosotros existía antes que la comida. Nos precedió, se anticipa a nosotros, nos da el sustento y nos sobrevivirá. La relación que nos vincula con aquellos a quienes amamos y con nuestro mundo vivo es, al fin y al cabo, nuestra mayor esperanza». En definitiva, ese es el verdadero significado de *Sitopía*: utilizar la comida para comprender qué significa ser humano y cómo coexistir entre todos sabiendo que dependemos de la naturaleza para nuestro sustento y que, en ese sentido, nuestra mayor responsabilidad colectiva es mantener el equilibrio entre la sociedad y la naturaleza. «Dondequiera que nos lleve nuestro camino en este viaje, el símbolo más potente de nuestro progreso será cómo decidimos responder a esa pregunta tan simple y, a la vez, la más compleja de todas: cómo alimentarnos».

FUHEM Ecosocial